

to de la escritura de algunas voces, ha obligado no obstante á deducir la regla general del mayor número de ejemplos; pero á pesar de esto, ha sido tal el respeto tributado al autor, que aun en las numerosas citas italianas y latinas que hace, se ha guardado su ortografía, consultando con frecuencia los códices y las ediciones mas antiguas de los autores por él alegados; pues que habiéndose valido de manuscritos é impresos contemporáneos, no parecia oportuno despojar á su *Historia* de este matiz de antigüedad, que tanto la recomienda á la estimacion de los discretos <sup>4</sup>. La Academia ha deseado, en una palabra, no apartándose un ápice del código original y conocida por él la ortografía del autor, que solo el papel y los tipos fuesen modernos.

La importancia de esta y las demas producciones de Gonzalo Fernandez de Oviedo, cuya infatigable pluma se consagró exclusivamente á los estudios históricos, exigia que se diesen al público algunas noticias de aquellas utilísimas tareas, desconocidas en su mayor parte aun de los que se precian de eruditos. A tal propósito cumple sin duda el trabajo que sigue á esta *Advertencia*, encomendado tambien al señor don José Amador de los Ríos, quien recorriendo paso á paso los acontecimientos principales de la vida del primer cronista de Indias, señala oportunamente las vicisitudes que padece, y observa el contraste que presentan estas con sus empresas literarias, ofreciendo por último el juicio de todas las obras, cuya autenticidad está reconocida, y mas detenidamente el de la *Historia general y natural de Indias*.

Al fin de la tercera parte, última de la misma obra, ha parecido conveniente poner un *glosario* de las voces americanas usadas por Oviedo, las cuales, ó se han aclimatado y hecho frecuentes en nuestra lengua, ó pueden servir de norte para intentar algun ensayo respecto de los numerosos dialectos ó idiomas que hablaban los indios, al verificarse la conquista. En la parte de este trabajo relativa á las ciencias naturales, se ha consultado, para mayor ilustracion, al laborioso y entendido académico de la Real de Ciencias, don Mariano de la Paz Graells, jefe tambien del Museo de Historia natural, y catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad de esta Corte. Igual servicio ha prestado á la Academia el no menos celoso profesor don Manuel Maria de Galdo, quien ha entendido con un esmero digno de todo elogio en la comprobacion de las plantas y animales, cuyo diseño presentaba Oviedo, cuidando al propio tiempo de obtener la mayor fidelidad en los grabados.

Con tales medios ha contado la Academia: la publicacion de la *Historia general* de Oviedo comienza, pues, á realizar el proyecto años há concebido, abrigando esta Corporacion la lisonjera esperanza de llevar felizmente á cabo la *Coleccion de Historiadores de Indias*.

<sup>4</sup> Lo mismo se ha hecho respecto de los nombres propios y geográficos, que ó ha modificado ya el uso, ó han tomado despues carta de naturaleza en nuestro suelo. Las historias escritas en los pasados siglos no deben solo considerarse como monumentos de civilizacion respecto de la política, la toga ó

la milicia, sino tambien respecto de las letras, cuyo mas importante instrumento es la lengua de cada pueblo. Los irrefragables testimonios del progresivo desarrollo de una nacion se encuentran mayormente en la historia de su lengua.

## VIDA Y ESCRITOS

DE

## GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES.

## I.

Estado político de Castilla á fines del siglo XV.—Conquista de Granada.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.—Renacimiento de las letras.—Estudios clásicos.—La Reina Católica alienta y estimula los trabajos históricos.—Crecido número de cronistas de su reinado.—Gonzalo Fernandez de Oviedo.—Su patria y calidad.—Su educacion.—Preséntale en la corte el duque de Villahermosa.—Conoce en Granada á Cristóbal Colon.—Forma el proyecto de escribir la historia de sus expediciones.—Su amistad con los hijos de aquel héroe.—Predileccion del principe don Juan hácia Oviedo.—Muerte del principe.—Peregrinacion de Oviedo por Italia.—Su trato con los mas celebrados pintores.—Su amistad con Pontano, Serafin del Aguila y Sannazaro.—Visita á Roma.—Entra al servicio de don Fadrique de Nápoles.—Vuelve á España.—Su casamiento y primera viudez.—El Rey Católico le eiige para el servicio del duque de Calabria.—Su segundo casamiento.—Pretende llevarle á Italia por su secretario el Gran Capitan.—Alistase en la expedicion de Pedrarias Dávila.—Es nombrado Veedor de las fundiciones del oro de la Tierra-Firme.—Parte al Nuevo Mundo.—Contraste que ofrecen á su vista la cultura de Europa y el estado de las Indias.

ENTRE los ingenios españoles que deben su educacion y fama al glorioso reinado de los Reyes Católicos, merece sin duda lugar señalado Gonzalo Fernandez de Oviedo, cuya vida activa y laboriosa, cuya acrisolada lealtad y generosa constancia están revelando el espíritu de aquella felicísima era, en que parecia levantarse la nacion española de un sueño profundo, para conquistar entre todos los pueblos el mas elevado asiento. Grandes males habian afligido á Castilla durante los turbulentos reinados de don Juan II y Enrique IV, cuando plugo á la Providencia asentar en el trono de los Alfonsos á una muger, dotada de corazon magnánimo y claro talento, á quien estaba reservada la noble empresa de curar tan hondas heridas. Ceñia Isabel en 1474 la corona de sus mayores, y cinco años adelante heredaba Fernando, su esposo, el cetro de Aragon, formándose de esta manera un solo pueblo de aquellos dos poderosos reinos, hasta entonces rivales.

Yacia la administracion, á su advenimiento, en un caos espantoso: era un vano nombre la justicia, y ni la hacienda reconocia otro sistema que el antiguo y reprobado desorden de los almojarifes, entregadores y recogedores judíos, ni el Consejo de los reyes ejercia su influencia legitima en los negocios públicos, ni lograba por último ser respetada en todas partes la magestad real, con grave desdoro y menoscabo de la corona. Clamaban los pueblos por salir de tan angustiada

servidumbre, y aquellos dos príncipes, que no desconocían los peligros que les rodeaban, comprendiendo que la única senda de salvación era la acertada organización del Estado, acometieron tan árdua tarea llenos de aliento y de esperanzas. La creación de los Consejos Supremos de Castilla, de Aragón, de Hacienda y de Estado, dictada en 1480, deslindando todas las atribuciones de la administración, vino por una parte á manifestar la firme voluntad de los Reyes y á descubrir por otra la extensión de aquella política previsora, constante é inflexible, que debía someter al elemento monárquico cuantos elementos sociales habían hasta entonces existido en completo divorcio.

Sujeto ya el país á tan saludable como severo régimen, volviéronse los Reyes Católicos á la conquista de Granada, empresa en alto grado meritoria, y olvidada en los anteriores reinados entre el tumulto estéril de las discordias civiles. La sorpresa de Zahara, llevada á cabo por Muley Hacén el siguiente año de 1481, rompiendo las treguas asentadas con los Reyes de Castilla, ofreció á estos justa ocasión de acometer aquella guerra santa, de donde debía salir purificada de sus antiguos extravíos la nobleza española, fuerte y poderoso el trono, respetada y temida la nación ibérica entre todas las gentes. Diez años fueron menester, no obstante, para postrar del todo el poderío de la media luna, *sacando uno á uno* (según la feliz expresión del Rey Católico) *los granos de aquella codiciada Granada*. Al cabo lograba Isabel ver cumplida su esperanza, recibiendo el día 2 de enero de 1492 las llaves de aquella poderosa metrópoli: la lucha comenzada en Covadonga ocho siglos antes había terminado; y aquel trono vacilante y desautorizado en 1474, aparecía ya vigoroso y robusto, ostentando en sus gradas una nobleza leal, aguerrida y sumisa, y un pueblo magnánimo, feliz é independiente.

La Providencia que así premiaba los nobles desvelos de la Reina Católica, quiso también coronar la purísima fé de sus creencias, poniendo á sus plantas el vasto imperio de un Nuevo Mundo. El ilustre y no comprendido piloto, que había mendigado en vano el favor de las cortes extranjeras, el sabio Cristóbal Colón, lograba al fin ser oído por Isabel, y á poco tiempo cortaban naves españolas las más remotas é ignoradas regiones del Océano. Colón volvía un año después á la corte de los Reyes Católicos, para ofrecerles las primicias de aquel inmortal descubrimiento, que despertando el espíritu aventurero de los españoles, abría ante sus ojos un nuevo teatro de hazañas y victorias, brindándoles al par con inauditas riquezas. No había espirado aun el siglo XV, cuando la misma nación que, encerrada por los Pirineos y rodeada por ambos mares, consumía todas sus fuerzas en restaurar su libertad y salvar la religión de sus mayores, tremolaba también sus estandartes en el centro de Europa, preparándose de esta manera á las grandes conquistas que en los primeros años del siguiente siglo la hicieron dueña de Navarra y Nápoles y le allanaron las costas del África, engendrando en la mente de Carlos I el pensamiento de la monarquía universal, tan constantemente acariciado por Felipe II<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para prueba de que el pensamiento de la monarquía universal no solamente era abrigado por los reyes, sino que había cundido también entre los ejércitos españoles, copiamos aquí las siguientes li-

Más si lograron los Reyes Católicos levantar en esta forma á la nación ibérica del abatimiento en que yacía, borrando para siempre de España el imperio mahometano, no menores esfuerzos les debieron las ciencias y las letras, aletargadas durante el infausto reinado del último Enrique. La corte de don Juan II, si fué triste espejo de flaquezas políticas, encerró no obstante cuantos elementos de cultura se habían elaborado en no remotos tiempos: imitáronse en ella las obras del arte toscano, ilustrado por tan altos ingenios como Dante y Petrarca; sintióse el renacimiento de la poesía lemosina, halagada en Aragón por Juan II y don Enrique de Villena; y comenzaron finalmente á ser cultivados los estudios clásicos con predilección y esmero. La Reina Católica que, miraba el ocio como fuente de vicios, no tuvo por completa la grande obra que estaba realizando, sin apartar á sus magnates y caballeros de los frecuentes peligros, á que los exponía su interminable holganza. Para conseguir tan plausible intento, procuró atraer aquella desvanecida juventud á la honesta ocupación de los estudios, considerados al cabo como auxilio y complemento de la milicia<sup>2</sup>; y reanudando las tareas literarias que ilustraron la corte de su padre, alcanzó la gloria de ceñir á su frente la inmaculada aureola de restauradora de las letras. Daba Isabel la preferencia á los estudios históricos, y admirando los grandes hechos y varones de la antigüedad, ardía en el deseo de reconocer en su nativa lengua á los historiadores latinos, anhelando saborear al propio tiempo las bellezas que habían sembrado en sus inmortales obras los Horacios y Cicerones. La voluntad de la Reina, superior siempre á todo obstáculo, triunfó también en esta ocasión, siendo ella la primera que acometió con firme empeño la tarea de aprender la lengua del Lacio<sup>3</sup>, y trayendo á España los más insignes humanistas que en Italia florecían, para fomentar aquellos estudios. A su ejemplo quiso unir el de su familia: Pedro Mártir de Anglería y los hermanos Geraldinos recibieron el honroso encargo de dirigir la educación de los infantes de Castilla, tarea que más adelante compartieron respecto de la primera nobleza con el no menos docto humanista Lucio Marineo Siculo. Los duques de Guimarens y Villahermosa, el primogénito del duque de Alva, don Pedro Fernández de Velasco, don Gutierre de Toledo y don Alfonso Manrique, siguieron las huellas de la Reina y

neas, tomadas del mismo Oviedo: «El qual (César) ha seydo digno, mediante la divina clemencia (que le hizo merecedor de sus buenas venturas y nuevas) de ser señor de tan valerosa nación, para que veamos al presente, como se ve, la bandera de España celebrada por la más victoriosa, acatada por la más gloriosa, y amada por la más digna de ser querida en el universo. Y así nos enseña el tiempo é vemos palpable lo que nunca debaxo del cielo se vido hasta agora en el poderío é alta magestad de algund príncipe cristiano; y así se debe esperar que lo que está por adquirir y venir al colmo de la monarquía universal de nuestro César, lo veremos en breve tiempo debaxo de su yugo y obediencia. Y no digo solo esto por los infieles; pero ni de los que se llaman cristianos, ni dexaren de reconocer por superior», como de-

ben y Dios tiene ordenado, á nuestro César; pues le sobran osados milites y gentes y no le han de faltar riquezas que les reparta, así de sus grandes Estados de Europa y África, como destotra mitad del mundo que comprehende sus Indias» (*Hist. nat. y gen. de Ind.*, lib. VI, cap. 8).

<sup>2</sup> Pedro Mártir de Anglería: *Opus epistolarum*, epist. 113.

<sup>3</sup> Hernán Pérez del Pulgar decía á la Reina con este propósito: «Mucho desseo saber cómo va V. A. con el latín que aprendeys: digolo, Señora, porque hay algund latín tan zahareño que no se dexa tomar de los que tienen muchos negocios; aunque yo confío tanto en el ingenio de V. A. que, si lo tomays entre manos, por soberbio que sea, lo amansareys, como habeys hecho con otros lenguajes» (Letra XI, año 1482).

de los príncipes, y dieron muy en breve inequívocas pruebas de su amor á las letras, amor que arraigó tambien en el pecho de las mas ilustres damas castellanas, entre quienes se distinguieron, con las dos hijas del conde de Tendilla, doña Lucia de Medrano y doña Francisca de Lebrija, las cuales emularon dignamente la fama ya adquirida por doña Beatriz de Galindo, maestra de la Reina Católica.

Brillante fué el resultado que tan decidida proteccion produjo en la república de las letras, tomando un vuelo inusitado todos los estudios: la teología y la jurisprudencia, la filosofía y la literatura, la elocuencia y la historia, apoyándose poderosamente en la filología, recibieron ardiente culto, preludiando así los gloriosos dias del gran siglo que no en balde es llamado entre nosotros *Siglo de oro*. Prodigioso es verdaderamente el número de los importantes trabajos llevados á cabo en esta felicísima época, no cabiendo pequeña parte en tan extraordinario movimiento á los cultivadores de la historia; y digna es por último de señalado aplauso la esclarecida cohorte de ingenios que dedicaron sus plumas á ilustrar, en vida, el inmortal reinado de los Reyes Católicos.

En esta edad y en esta corte nace, pues, se educa y florece Gonzalo Fernandez de Oviedo, quien animado de la mas viva gratitud, consagra su vida entera á la memoria de aquellos Soberanos y al servicio de sus descendientes. Acariciado en su juventud por amiga suerte; expuesto en su virilidad á los golpes del infortunio, y condenado á llevar siempre una existencia laboriosa y vagabunda, nos presenta Oviedo en sus numerosos escritos la mas evidente prueba de lo que alcanzan la actividad y el buen deseo y de lo que pueden la voluntad y la constancia. Impulsado por estos poderosos móviles, todo lo observa y examina, todo lo pregunta é inquiera, todo lo escribe y guarda en sus memoriales, que á donde quiera le acompañan desde la puericia, y que, aun á riesgo de la vida, logra salvar, como otro César, ora en el paso de hondos torrentes y caudalosos rios, ora en el centro de inaccesibles boscajes, ya en medio de abrasadores desiertos, ó ya finalmente en las desconocidas sirtes del Océano. Su talento observador y reflexivo, su amor profundo á la verdad y el religioso culto que á la historia tributa, le ponen la pluma en la mano: para Oviedo nada importa la magnitud de la empresa: contando siempre con la firmeza de su voluntad, si tiene por útil y meritorio el objeto de sus vigilias, nada le arredra al emprender sus proyectos, nada le desanima ni abate en mitad de sus tareas, reproduciéndolas una y otra vez con infatigable teson y levantado esfuerzo. Gonzalo Fernandez de Oviedo, si no aparece á nuestra vista como el mas elocuente y docto intérprete de la grande era que dejamos bosquejada, es por tanto el mas vivo reflejo de los instintos y de las esperanzas de aquella nacion, que no cabiendo ya en los patrios confines, inundaba al par la Europa, el África y la América, aguijoneada siempre por el estímulo de la gloria, y prodigando siempre la sangre y las hazañas.

Oriundo del valle de Valdés en las Asturias de Oviedo, nació Gonzalo Fernandez en Madrid en agosto de 1478 <sup>4</sup>, sin que nos sea dado señalar el nombre de

<sup>4</sup> Refiriendo el mismo Oviedo una pendencia que acaeció en Barcelona, el año de 1493, entre don

su padre. Su calidad de hidalgo, de que se pagaba mucho y hace frecuente alarde en sus escritos, ha sido no obstante causa de sospecharse que pudo serlo ó ya Fernando de Oviedo, regidor de Madrid, ó ya Juan de Oviedo, secretario en 1466 de don Enrique IV <sup>5</sup>. Da mayor consistencia á esta fundada conjetura la circunstancia de traer Gonzalo Fernandez en algunos pasages de sus obras la autoridad de su padre, como testigo presencial de varios sucesos, acaecidos en la corte y palacio de don Enrique, donde al parecer asistia mas obligado que devoto <sup>6</sup>. Mas no puede dejar de llamar la atencion el silencio que guarda Oviedo sobre su familia, cuando le vemos tan solícito en instruir á sus lectores en cuanto á su calidad y servicios concierne. Sea como quiera, es cosa averiguada que entró á servir desde su niñez en casa de don Alfonso de Aragon, segundo duque de Villahermosa, sobrino del Rey Católico y hermano de don Juan de Aragon, duque de Luna. Era el de Villahermosa uno de los magnates que mayor empeño habian mostrado en el cultivo de las letras, segun queda advertido; y prendado del buen natural é inteligente viveza de Oviedo, crióle con especial afecto, procurando iniciarle en los estudios, y despertando en su corazon aquel inextinguible amor á los grandes hechos que se refleja vivamente en todos sus escritos <sup>7</sup>. No habia cumplido Gonzalo trece años, cuando el mismo don Alfonso, deseando labrar su fortuna, le sacó de aquella escuela de Minerva y de Marte, que este nombre dá Oviedo á la casa de ambos duques, y le presentó en la corte de los Reyes Católicos, donde obtuvo el nombramiento de mozo de cámara del príncipe don Juan, con el sueldo ó quitacion de 8,000 mrs. anuales y título firmado por la misma Reina <sup>8</sup>.

ñigo Lopez de Mendoza y otro caballero, prosigue de esta manera el diálogo que sostiene con otro personaje: «SERENO: Qué años habriades vos estonces?... ALCAIDE: Yo nací año de 1478 y esto fue año de 1493; habria algo mas de 14 años. SERENO: »Edad era essa para quedaros en la memoria lo que »hays dicho. ALCAIDE: Mejor me acuerdo de lo que »aveys oydo que de lo que há pocos dias que pasó.» (*Bat. y Quinq.*, Bibliot. Nacional, Cod. Y. 59, folio 602). En el capítulo XXIX del lib. VI de la I.<sup>a</sup> Parte de la *Hist. gen. y nat. de Ind.* dice el mismo Oviedo, hablando del año 1548: «Una cosa diré aqui que aun- »que he selenta años, etc. » y despues añadia: *é los compli en el mes de agosto en que estoy*; pero esta cláusula que subrayamos, fué despues borrada por él, aunque puede leerse fácilmente en el original. (*Real Acad. de la Hist.*, Cod. de Salazar, tom. I, folio 181, enmendado 128).

<sup>5</sup> El secretario Juan de Oviedo, era Señor de Casasrubios del Monte, y habiéndose declarado por la Beltraneja, le fueron confiscados sus bienes por los Reyes Católicos, luego que vencieron estos al de Portugal y á los parciales de doña Juana. El señorío de Oviedo fué donado á Gonzalo de Chacon, favorito de los Reyes, de quien le hubieron despues sus herederos, saliendo por tanto de sus primitivos poseedores. Acaso por no despertar estos desagradables

recuerdos, calló Gonzalo constantemente el parentesco que tenia con Juan de Oviedo, mostrándose por el contrario muy adicto á los Reyes Católicos.

<sup>6</sup> Oviedo escribe: «Oy decir á mi padre que se »avia hallado en Segovia en aquella sazon, donde »el rey don Enrique el IV<sup>o</sup> estaba é la reina doña »Johana, su muger, etc.» (*Bat. y Quinq.*, III Bat., diál. 28). Y en otro lugar: «Yo oy á mi padre que »lo vió (estando en la corte) y conoció á Barrasan» (*Quinq.*, I.<sup>a</sup> Parte, Est. 12, fol. 204. Cod. orig. de la Bibliot. Nacional, Ff. 104).

<sup>7</sup> Narrando Oviedo el famoso desafio del capitán Benavides y el comendador Urquillas, acaecido en Zaragoza, escribe: «Súpelo tan menudamente porque la villa de Cortes en Navarra era en »essa sazon de doña Leonor de Soto, duquesa de »Villahermosa, mi señora, madre de don Alonso »de Aragon, duque de Villahermosa, mi señor, »que me crió, al qual yo servi antes que sirviese al príncipe don Juan.» (*Bat. y Quinq.*, Y. 59, folio 457). En otra parte decia: «Porque el duque »de Villahermosa, el segundo duque, era su hermano (de don Juan de Aragon, duque de Luna) y »me avia criado» (*Bat. y Quinq.* 187 vto.).

<sup>8</sup> Hablando de los mozos de la cámara del príncipe don Juan, y apuntando los nombres de todos, se pone Oviedo en el último número, diciendo: